

¿Somos un pueblo que conserva y cultiva su memoria histórica?

POR RODOLFO DE GRACIA

En el devenir de los pueblos y de las civilizaciones, en la larga y a veces amarga senda que el ser humano ha recorrido después de miles de años, la memoria ha sido, por encima de disquisiciones metafísicas y hasta espirituales, la razón vital que explica la existencia del género humano.

Fue Octavio Paz uno de los que mejor teorizaron y valorizaron el papel de la memoria en cuanto a la identidad de los pueblos (refiriéndose, claro está, a la gran patria que él veía en Hispanoamérica).

Creo, con la distancia generacional e intelectual que nos separa, que la memoria hace ser al alma, al espíritu, a la esencia y a la presencia, lo mismo que mantiene vigente y nunca repatriado al pasado, que visto a la luz de las teorizaciones aquí planteadas, nunca es tal, porque la memoria lo mantiene vivo, latente y patente. Porque sin memoria seríamos entes despersonalizados, carentes de identidad y de conciencia, espectros de un presente que nos aniquila y nos mantiene alienados, entretenidos y conformes, al tiempo que somos víctimas de un futuro que, sin lugar a dudas, hunde sus raíces en lo ya vivido y se sustenta en ello.

Cuando Juan Antonio Gómez, el amigo novelista, dramaturgo y cuentista que aprecio en lo personal y admiro en lo profesional, me distinguió con la solicitud de que presentara su libro de cuentos, el maravilloso acierto del título y de la temática de dicha obra, y por razones obvias primero el título, me atrajo enseguida, pues un lector, cualquiera que sea, internaliza una previsible experiencia lectora a partir de lo que en el nivel paratextual salta a la vista y corresponde más a lo intelectual que a las “necesarias fatuidades de la presentación, el colorido, la diagramación”. Me refiero, por supuesto, a su título: **Del tiempo y la memoria**.

Desde allí, ya se abre una clara reflexión filosófica sobre ambos términos, tan permanentemente presentes en la historia literaria, por su determinante influencia en la vida del ser humano.

Pero si a ello le agregamos el subtítulo que aparece en la tapa del libro, *Cuentos históricos*, ya la correlación de tiempo, memoria e historia, se hace tan estrecha y tan vinculante, que evidentemente la invitación a la lectura se concreta en la lectura misma.

Dueño de un estilo claro, ameno, y de la capacidad de fabular, que no de confabular, Juan

Gómez remueve esas nocivas y metafóricas barreras circulares y concéntricas que creamos los seres humanos en un afán casi pernicioso por alcanzar el grado máximo del olvido: las telarañas de la memoria, y nos re-crea episodios de nuestra vida nacional, más que ello de nuestra identidad como pueblo, para crear una especie de antídoto contra la desmemoria.

Temeroso y preocupado porque el síndrome de la desmemoria del ilustre Alonso Quijano se apodera del panameño común, que parece ser víctima del lapidario "En un lugar de la Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme", el cuentista echa mano de la historia y hurga en ella para sacar, con su mano de demiurgo y su potestad huidobriana a los personajes y las situaciones cimeros de nuestros anales y hacerlos florecer, reivindicándolos y dándoles un espacio.

Como siempre he afirmado, la literatura no es la historia ni es historia, tampoco es sociología ni es política ni antropología ni mucho menos religión o sicología. Y sería aberrante y absurdo pensar que la literatura puede o pretende sustituir a cualesquiera de estas facetas del conocimiento humano. Pero innegablemente, aunque con el señorío y la autonomía que la caracterizan, la literatura se vale de estos saberes y se enriquece con ellos, a la vez que muchísimas veces se complementan mutuamente.

Por ello, en los seis cuentos que conforman este texto, "La india dormida", "Malditos sean los carapálidas", "Roja como la sangre", "Una palabra pública", "Alquiler o comida" y "Aquellos muchachos", la conciencia de lo que somos y de nuestros orígenes es una palabra que muerde y es una mirada que necesita, parodiando a Bécquer, ser reflejada en otra mirada: la de la conciencia del lector.

Desde el legendario y mítico Urracá, símbolo de la resistencia indígena y de la lucha por nuestra identidad, representada en nuestras formas de vida y en la defensa de nuestro espacio territorial, pasando por el traicionado y perseverante

Victoriano Lorenzo, paradigma de la lealtad y de los principios, y por el injustamente condenado Pedro Prestán, además, el gran olvidado de nuestra historia, hasta el movimiento inquilinario de 1925 y los nefastos hechos del 9 de enero de 1964, la literatura, con sus consabidos mundos ficcionales, donde lo objetivo cede paso a la fabulación y donde lo no creíble se legitima en esa maravillosa capacidad que tiene para hacerlo verosímil y además tácitamente compartido y asimilado, llena un cometido que va más allá de su consustancial capacidad para entretener y enaltecer el espíritu.

En estos cuentos, el reclamo y la reivindicación aparecen de la mano, y la ideología, subyacente en todo texto, literario o no, quizá con excepción de los científicamente puros y exactos, también se percibe a través de la lectura.

En el cuento *Malditos sean los carapálidas*, el narrador alcanza grados de plenitud, sobre todo por el tono con que se cuenta y por la naturalidad con que se presentan los diálogos y las intervenciones de los personajes, de forma tal que, en el nivel intertextual, desde la vertiente estilística y la proyección del discurso, cabe perfectamente una comparación con las grandes asambleas de guerreros que aparecen en La Iliada homérica, cuando Agamenón, Aquiles, Héctor o cualesquiera de los muchísimos y esforzados guerreros eran objeto de elogiosos discursos: "*Precavido y modesto cacique Urracá, todas las palabras que salen de tu boca son muestras elocuentes de sabiduría, prudencia y humildad. ¿A quién más que a ti podríamos elegir para que vaya al frente de las tribus confederadas de esta gran alianza?*".

La idiosincrasia y las costumbres en particular aparecen en este cuento claramente definidas, y muchas veces alcanzan matices irónicos o humorísticos, al tiempo que reflejan la mirada del otro, desde su conciencia, desde su mundo y desde su manera de interpretar la realidad.

Por eso dirá el cacique Musa, respecto de los españoles: "*Dice que no todos son guerreros y que*

no hay casi mujeres entre ellos, aunque algunos hombre gustan vestirse como tales”.

“No adoran a nuestros dioses ni diosas; sino a un solo dios que permanece clavado sobre unos palos cruzados, que llaman cruz. Este dios se parece a ellos, tiene pelos en la cara y largos pelos dorados. En lo único que se parece a nosotros es en que apenas cubre sus vergüenzas”.

En **Roja como la sangre**, un cuento en el que el protagonista es Pedro Prestán, el narrador logra acercarnos al hombre que, sabiéndose condenado, pero además inocente, se vuelca a su humanidad y a su sensibilidad, construyendo exitosamente con ello, de modo ficcional, el carácter interno de un personaje que, desde la realidad del texto, busca reivindicar al Pedro Prestán de carne y hueso del que da cuenta la historia.

“Mary:

Dios ha querido, al fin, que la desgracia me confunda. Bendita sea su voluntad. Se me ha condenado a muerte ignominiosa e infame, siendo, como tú sabes, inocente, pero en absoluto. Dios los perdone”.

Con un matiz claramente irónico y simbólico, y con la intencionalidad comunicativa que cumplen los signos en el contexto de la lengua, sin ninguna gratuidad, el narrador nos dice que el verdugo que ahorcó a Prestán “fue un norteamericano de nombre Sam”.

Según la teoría literaria, el estudio del margen y el centro, traducida a la relación de dependencia (poderosos y oprimidos) aparecer reiteradamente en los seis cuentos de Juan Antonio Gómez, pues en **Aquellos muchachos**, un cuento donde casi sin temor a equivocarnos podríamos decir que el narrador es un alter ego del autor, se deja entrever la relación aludida entre panameños y zonians, en un claro ejemplo de la coincidencia entre la realidad real y la realidad ficcional.

Ello ocurrirá también en **Alquiler o comida**, título que, además de parecerme extraordinariamente acertado por cuanto que plantea una disyuntiva vital, refleja una realidad presente en la

vida cotidiana, en la que, parodiando la dicotomía expuesta, podríamos decir, gasolina o comida, diversión o comida, superfluidad o comida, etc. frente a la lucha de fuerzas antagónicas y frente a la lucha de poder que se plantea en la sociedad moderna, bien que los faltos de conciencia y los espíritus más conciliadores no lo quieran ver.

La lectura de los cuentos contenidos en **Del tiempo y la memoria**, no solamente es un deleite desde el punto de vista artístico, por el excelente manejo del lenguaje y de los recursos estilísticos, sino que es un modo imaginario de abordar, como en todos los casos posibles de la infinita producción literaria habida a través de la historia de la humanidad, las preocupaciones y las reflexiones que un escritor tiene y hace sobre la realidad que lo circunda.

Y si esas preocupaciones rebasan lo meramente formal, como en el caso que nos ocupa, y trascienden al plano de la reflexión, sin llegar a ser filosofía pura, sin pretender ser moralistas o preceptivas, sino simplemente germen en el mejor sentido de la palabra, entonces la literatura habrá dejado de ser mezquinamente un canal, también admisible, para exteriorizar el mundo que me agobia en el egocentrismo y nada más, y se habrá convertido en un signo que dice mil cosas diferentes, gracias a su poder polisémico.

La lectura íntegra de estos textos permitirá al lector una visión más clara del ser panameño en su sentido más amplio.

Toda la amplia literatura con trasfondo histórico o con referente histórico o sociológico, como **La región más transparente** de Carlos Fuentes; **La fiesta del chivo**, de Vargas Llosa, la **Loma ardiente y vestida de sol**, de Pernet y Morales, y tantos otros muchísimos ejemplos así lo atestiguan.

De seguro, no lo olviden ni en estos tiempos ni en los venideros, **Del tiempo y la memoria**, también cumple con este cometido.

Panamá, 31 de marzo de 2005. De Gracia es académico de la lengua, profesor de Español, ensayista y cuentista.